

El anti-intelectualismo en los Estados Unidos

“El origen de todas las desgracias que sufre Norteamérica se puede encontrar en la difusión de la teoría evolucionista. Mejor sería destruir todos los libros que se hayan escrito y conservar solamente los tres primeros versículos del Génesis”
(Secretario de Estado Bryan, 1924)

Uno de los libros más importantes publicados recientemente en los Estados Unidos es *Anti-intellectualism in American Life*, del profesor Richard Hofstadter¹, libro que ha obtenido el Premio Pulitzer de ensayo correspondiente a este año. El profesor Hofstadter —nacido en Buffalo (Nueva York), en 1916, y actualmente catedrático en la Universidad de Columbia— ya ganó otro Pulitzer, el de Historia, con su obra *The Age of Reform*, publicado en 1955, y es autor de ocho libros más. El profesor Hofstadter es, desde luego, un intelectual, y su libro una crítica fría e inexorable de las tendencias y manifestaciones del anti-intelectualismo en la historia de los Estados Unidos. Como él mismo declara: “El objetivo de este libro es seguir la evolución de algunos movimientos sociales de nuestra historia en los que el intelecto quedó apartado del lugar que le corresponde entre las virtudes humanas, quedando relegado a la situación de una clase especial de vicio”.

La razón de que este libro haya aparecido en el verano de 1963 es que el Gobierno del Presidente Kennedy supuso un cambio muy profundo en la situación del intelectual norteamericano, después de tantos años de ostracismo e incluso de persecución durante la época de Eisenhower. La tesis del libro está muy identificada con la nueva situación inaugurada por el Presidente Kennedy, y es posible que tal identificación sea un defecto, ya que, desaparecido Kennedy, existe el peligro —y pueden observarse síntomas— de que disminuya el valor y la participación del intelectual en la vida norteamericana.

Conviene insistir en este dato de la coincidencia del libro con la atmósfera propicia a los intelectuales, que rodeaba la Casa Blanca en tiempos de Kennedy, ya que la “nueva frontera” vino a ser la culminación de un proceso de

¹ New York, Alfred A. Knopf, 1963,

regeneración intelectual que comenzó con el lanzamiento del primer "sputnik" soviético, en 1957. "El Sputnik —dice el profesor Hofstadter— obligó a pensar en las consecuencias del anti-intelectualismo en el sistema escolar y en la vida de los Estados Unidos en general. Súbitamente, la repugnancia nacional frente al intelecto resultó no sólo una desgracia, sino un peligro para la supervivencia... Los clamores de protesta contra los defectos de la educación norteamericana —hasta entonces en boca solamente de un reducido número de críticos— encontraron eco en la televisión, en las revistas populares, en los hombres de negocios, en los científicos, en los políticos, en los almorantes y en los rectores de universidades, y muy pronto crecieron hasta convertirse en coro nacional de autocensura". Naturalmente —como muy justamente señala el autor— esa nueva actitud no supuso un cambio radical, ni mucho menos la desaparición del anti-intelectualismo, que ha continuado floreciendo en todos los núcleos sociales; pero sí preparó el terreno para una nueva participación de los intelectuales en la vida del país, hasta el punto de que ya se puede hacer una crítica del anti-intelectualismo con objetividad suficiente para no caer en una actitud partidista.

ANTOLOGIA DE TEXTOS ANTI-INTELECTUALISTAS

Inicia su libro Richard Hofstadter con la presentación de "pruebas" del anti-intelectualismo, después de señalar que ese concepto no se presta fácilmente a definiciones, ya que no se trata de un movimiento social único contra los intelectuales, sino de un complejo de actitudes, tendencias y manifestaciones que surgen a lo largo de la historia de los Estados Unidos. La única definición que aventura el profesor Hofstadter es la de que el anti-intelectualismo es un resentimiento y una suspicacia ante la vida intelectual y sus representantes y también una disposición a minimizar el valor de esa vida.

Antes de consignar aquí las "pruebas conviene señalar algo que el autor destaca: en el libro de Hofstadter, anti-intelectualismo no es sinónimo de anti-racionalismo. El autor sólo se refiere a la filosofía anti-racionalista cuando se concreta en ataques contra los intelectuales. El libro deja aparte las luchas entre intelectuales y habla, principalmente, "de actitudes sociales muy generalizadas, de comportamientos políticos y de reacciones de los grupos de mediana y baja cultura".

No vamos a recoger todos los ejemplos o "pruebas" que aduce el profesor Hofstadter, porque sería prolongar innecesariamente esta nota, pero sí conviene transcribir algunas, porque ilustran, con acentos sensacionalistas incluso, los ataques contra el intelectual.

1.º Un novelista pedestre y ultra-derechista, bien conocido en España, Louis Bromfield, da una definición de *egghead*, que, como es sabido, se aplica con tono peyorativo al intelectual en Norteamérica: "Persona de pretensiones intelectuales espúreas; con frecuencia, profesor o protegido de algún profesor. Fundamentalmente, superficial. Hiper-emotivo y femenino en sus reacciones ante cualquier problema... Partidario doctrinario del socialismo centro-europeo, frente a las ideas greco-franco-americanas de democracia y liberalismo..."

2.º La definición del intelectual citada por el Presidente Eisenhower durante un discurso pronunciado en Los Angeles en 1954: "hombre que emplea

más palabras de las necesarias para hablar de más cosas de las que sabe". Naturalmente, el entonces Presidente estaba conforme con la definición.

3.º Los ataques contra las universidades que acostumbraban a lanzar los ultraderechistas en época del tristemente célebre Senador McCarthy, dedicado a descubrir comunistas en todos los claustros profesoraes. Un ejemplo nos lo proporciona la revista "Freeman", que en su número del 3 de diciembre de 1951 decía: "Nuestras universidades son los campos de entrenamiento de los futuros bárbaros que, disfrazados de sabios, llegarán armados con las horcas de la ignorancia y el cinismo para herir y destruir los restos de la civilización humana. Si envías tus hijos a la universidad, lo que conseguirás es crear los verdugos del mañana. El renacimiento del idealismo habrá de surgir en los desperdigados monasterios del pensamiento no académico".

4.º Un asambleísta de Michigan, George Dondero, decía el 16 de agosto de 1949: "El arte de los *ismos*, que fué arma de Revolución rusa, es el arte que ha sido trasplantado a los Estados Unidos y que hoy, habiéndose infiltrado en muchos de nuestros centros artísticos, amenaza con aterrorizar, superar y aplastar al hermoso arte que hemos heredado con nuestra tradición. El arte pretendidamente moderno o contemporáneo de nuestro querido país contiene todos los *ismos* de la depravación, la decadencia y la destrucción... Todos esos *ismos* son de origen extranjero y no deberían tener cabida en el arte norteamericano... Todos ellos son armas e instrumentos de destrucción".

5.º Como ejemplo de carácter religioso, he aquí un párrafo del célebre predicador evangelista Billy Graham: "En lugar de la Biblia, ponemos la razón, el racionalismo, el cultivo del intelecto, la adoración de la ciencia, el poder del Gobierno, el freudismo, el naturalismo, el humanismo, el estudio del comportamiento, el positivismo, el materialismo y el idealismo. Esta es la obra de los llamados intelectuales. Miles de esos "intelectuales" han declarado públicamente que la moralidad es relativa, que no hay norma ni regla absolutas".

6.º Por último, una declaración que, pese a las apariencias, fué hecha por el director de una "junior high school" de Illinois: "Cuando podamos convencer a algunas personas de que el hecho de saber leer, escribir y las reglas aritméticas no es camino seguro para una vida feliz y fructífera, la medida subsiguiente será reducir el volumen de tiempo y atención dedicado a esas cuestiones en los cursos escolares. Una escuela del Este del país —después de un estudio concienzudo— aceptó el hecho de que un veinte por ciento de sus estudiantes no serán capaces de llegar a dominar la lectura... y ahora les ofrece a esos muchachos otras actividades. Así se hace. En cambio, hay escuelas que dicen: "Todos los estudiantes tiene que saber las reglas aritméticas antes de graduarse". Como indica el Profesor Hofstadter, ese director de escuela no sólo no perdió el cargo, sino que ascendió a director de otra más importante y luego llegó a ser profesor visitante en una universidad del centro del país.

EL PELIGROSO INTELECTUAL IDEOLOGO

Cabe ahora hacer un comentario sobre la diferencia entre experto e intelectual. Actualmente —es decir, desde que comenzó la revolución tecnoló-

gica— el experto es persona respetada y apreciada en los Estados Unidos, pese a ser hombre de formación universitaria. Existe el temor generalizado de que el experto esté complicando la vida y tirando por la borda algunas costumbres muy queridas; pero no despierta odio. Y ello se debe a que existe una diferencia muy clara entre el experto y el intelectual: éste actúa a veces contradictoriamente; se mueve por un resbaladizo terreno de dudas y posibilidades y no acepta dogmas sin someterlos primero a la acción corrosiva de la crítica e incluso de la ironía. Lo más sorprendente de los intelectuales —a ojos del hombre vulgar— es su “falta de seriedad” aparente, lo cual les permite jugar con valores sagrados —no ya costumbres muy queridas— y con ideas fundamentales. Ese hecho les resta “respetabilidad” ante los demás. El juego intelectual no es cosa seria; no es cosa eficaz ni de valor práctico en la vida normal.

He aquí dos palabras clave —práctico, eficaz— que siempre encontraremos en medio de los ataques contra los intelectuales. Es posible que en ocasiones los expertos sean un tanto peligrosos; pero tienen, por lo menos, valor práctico y son eficaces. En cambio, los intelectuales... ¡cuántas catástrofes pueden provocar con su estúpido juego en la vida espiritual, política y económica! Uno de los ejemplos más reveladores es el de las derrotas electorales de Adlai Stevenson frente al General Eisenhower. Dice el Profesor Hofstadter que al público no le parecían bien los comentarios irónicos y cargados de humor de Stevenson, a quien los caricaturistas dibujaban disfrazado de payaso. “Con el telón de fondo de la guerra de Corea —sombrio, irritante, amargo—, los detractores de Stevenson consideraban su ironía fuera de lugar; en cambio les parecía más adecuado a la situación el estilo monótono pero lleno de sobriedad de Eisenhower”. También el elegante estilo oratorio de Stevenson le restó simpatías y se llegó a censurarle el hecho de que su dominio del inglés estaba muy por encima del que tiene el “common American”. Uno de los comentarios más reveladores —dice Hofstadter— es el de una mujer que escribió una carta a un periódico de Detroit: “Creo que nosotros (el pueblo) debemos tener algo en común con un candidato a la Presidencia, y por esa razón votaré por Eisenhower”. Stevenson se ganó indudablemente el aprecio de todos los intelectuales del país, pero también eso se convirtió en un dato negativo, ya que muchos periódicos lanzaron una campaña sobre el peligro de que un candidato a la Presidencia se dejase llevar por las opiniones de gente universitaria “con la mente infiltrada por las ideas socialistas izquierdistas, y de claras simpatías comunistas”. Votar por Stevenson equivaldría a votar por sus consejeros, mientras que un voto por Eisenhower, el americano sencillo, sería un voto por la democracia.

En cuanto al problema de la eficacia, Eisenhower ofrecía el atractivo de quien había estado en el campo de batalla, al frente de un enorme ejército internacional, en tanto que Stevenson no tenía conocimiento directo del mundo. “Considerando la experiencia —decía mucha gente—, creo que necesitamos a Eisenhower, el hombre de las grandes conquistas, más que a Stevenson, el pensador y orador”. O también decían: “Eisenhower conoce mejor que nadie en el país las circunstancias políticas mundiales y no ha obtenido ese conocimiento a través de periódicos ni libros”. Ocho años después, durante la campaña de la que saldría triunfador Kennedy, Eisenhower hablaba en favor de Nixon y Lodge diciendo: “Estos hombres no aprendieron las leccio-

nes solamente en los libros, ni tampoco escribiendo libros. Las aprendieron haciendo frente, día tras día, a los problemas de nuestro inquieto mundo”²

Cuando el intelectual no se limita al papel de experto, sino que se presenta como ideólogo, despierta la sospecha de que trata de destruir los cimientos del “modo de vida” norteamericano, y es entonces cuando se le acusa de comunista, de ateo o de anti-patriota. No se crea, sin embargo, que la raíz del anti-intelectualismo sea el miedo al comunismo. El Profesor Hofstadter sabe que es más profunda. Durante el “New Deal” rooseveltiano había una fuerte corriente contra los intelectuales, a pesar de que los que inflúan en el Gobierno nada tenían de comunistas. Y hoy, cuando los comunistas norteamericanos son un grupito sin fuerza, siguen los anti-intelectuales descubriendo conspiraciones comunistas en todos los grupos intelectuales sinceros. Tanto es así, que cualquier síntoma de socialismo o de simpatía hacia gobiernos de tendencias izquierdistas equivale muchas veces a una prueba de concomitancias con el marxismo soviético. Y cuando alguna de las muchas revistas reaccionarias norteamericanas —por ejemplo, la “National Review”— moteja de liberal a alguien, ese calificativo significa “compañero de viaje”. Esta es una de las razones de que en España y en otros países europeos se crea que un diario como el “New York Times” tiene tendencias izquierdistas; opinión que resulta cómica para quien viva en Estados Unidos y palpe diariamente el conformismo del “Times”.

Los extremistas de derechas aprovechan el comunismo como arma para atacar otras muchas cosas, y tanta necesidad tienen de los comunistas que los buscan por todos los rincones. El Profesor Hofstadter cita una frase muy significativa del Senador Goldwater, pronunciada en 1959: “No comparto la idea de que ya no quedan comunistas en el país; creo que si levantamos suficientes piedras, encontraremos alguno”.

Hay que señalar, por otra parte, que el partido comunista de los Estados Unidos ha participado siempre plenamente en la corriente anti-intelectualista. “El comunismo —declaró, por ejemplo, John Reed— no es para los intelectuales, sino para el pueblo... Lo que queremos es una revolución y la llevaremos a cabo no con libros, sino con rifles”. El Profesor Hofstadter señala que la pésima opinión que los comunistas norteamericanos tenían del intelectual giraba en torno a temas que, como veremos, se encuentran siempre en el fondo del anti-intelectualismo: el valor práctico, la masculinidad y el primitivismo; y dice también que el código de valores del partido no se diferenciaba mucho del que defendían los hombres de negocios. En cuanto a los intelectuales que entraron en el partido, hubo un grupo que decidió renunciar a su integridad intelectual y aceptar ese código de valores prácticos y masculinos. Por ejemplo, Genevive Taggard, hablando de la urgente tarea práctica de hacer una revolución, decía: “Las revoluciones las dirigen hombres con sentido práctico y no hay cosa más irritante que tener alrededor personas de mirada vaga cuando uno trata de constituir un ejército o aplicar una nueva política económica. Si yo estuviera a cargo de una revolución, me desprendería inmediatamente de todos los artistas, confiando en que la fecundidad de la tierra produciría otra cosecha de ellos cuando yo hubiera rematado las faenas duras”.

² *The New York Times*, 3 de noviembre de 1960.

LOS AMBITOS DEL ANTI-INTELECTUALISMO

Decíamos que el peligro comunista fué y es un arma contra los intelectuales; arma que se emplea en una lucha que comenzó mucho antes de la Revolución rusa y que todavía continúa. El Profesor Hofstadter busca el origen de esa lucha en cuatro ámbitos fundamentales de la vida norteamericana: en la historia religiosa y principalmente en la iglesia evangelista; en la corriente primitivista; en la ideología de los hombres de negocios, y en el ideal de la educación igualitaria.

Por lo que respecta a la religión, el Profesor Hofstadter señala que el grado de desconfianza frente a los valores intelectuales depende del grado en que una cultura acepta la idea de que la religión es cosa del corazón o de las cualidades intuitivas de la mente. En la vida norteamericana, la iglesia más contraria a los valores intelectuales ha sido siempre la evangélica, con todas sus manifestaciones extremistas. Señala el profesor Hofstadter docenas de ejemplos de todas las épocas que demuestran la existencia de una fortísima tradición religiosa anti-intelectual. La cita con que encabezamos este artículo podría servir de ilustración.

Esa desconfianza frente a los libros, aparte de la Biblia —desconfianza que a veces se convertía en odio abierto y conducía a depuraciones de las bibliotecas y a la quema de libros— no se limita al ámbito religioso. Hay una clara tendencia de tipo primitivista en toda la historia de los Estados Unidos y que actualmente tiene plena vigencia. El primitivismo fué una reacción de las masas populares norteamericanas recién independizadas frente a la “decadente” civilización europea de la Ilustración. Es curioso que todavía exista actualmente entre el público norteamericano la impresión de que las modas de Europa son una depravación que es necesario rechazar por anti-americanas.

Esa doble tendencia anti-intelectual —la religiosa y la primitivista— encontraron un aliado poderosísimo en la ideología del hombre de negocios. Ya Tocqueville había señalado en *La Démocratie en Amérique* que la vida comercial era un obstáculo para la vida intelectual. Consideraba Tocqueville que la existencia centrada en la acción y en la decisión constantes, que entrañaba el carácter democrático y comercial de la vida norteamericana, glorificaba las cualidades primarias de la inteligencia y no era propicia a la vida del pensamiento. Como no había otros valores que imitar —ni aristocracia ni empresas nacionales—, los negocios atraían no sólo a los ambiciosos y fuertes, sino que además marcaban la pauta para el resto de la sociedad; con el resultado de que los miembros de las profesiones liberales —desde los abogados a los clérigos— trataban de imitar a los hombres de negocios y adaptaban las normas de sus respectivas profesiones a la escala de valores de la vida comercial. Por otra parte, la influencia de los hombres de negocios hizo que la vida intelectual quedase teñida de cierto carácter femenino: Los hombres tenían que dedicarse a los negocios, campo en el que podían demostrar su masculinidad, mientras que la literatura y la vida intelectual en general quedaba, en el mejor de los casos, a cargo de las mujeres. Una vida intelectual, desde luego, muy comedia y ñoña.

El cuarto ámbito en que se desarrolla el anti-intelectualismo norteamericano es la atmósfera de igualitarismo que reina en la enseñanza y en la política. Ese igualitarismo adquirió una enorme fuerza cuando Jackson llegó a

la Casa Blanca en 1828, acontecimiento que marca la derrota del patriciado republicano creador de los Estados Unidos. Jackson, representante de los hombres del campo, era el símbolo del "common man" frente a la cultura y complejidad de los aristócratas. El ideal de la democracia jacksoniana no ha dejado de estar siempre presente en la vida del país, encaminado desde entonces a la conquista de una sociedad ideal que demostrase lo mucho que se puede hacer sin necesidad de libros ni de teorías que no puede comprender el hombre vulgar.

EL AISLAMIENTO DEL INTELLECTUAL

La influencia simultánea de todas esas tendencias condujo a un complejo estado de cosas que fácilmente puede percibir cualquier observador de la vida norteamericana. Un ejemplo revelador es el de las teorías del Dr. Henry C. Link, autor de un libro, *The Return to Religion*, que fué un "best-seller" de 1936 a 1941, y que el Profesor Hofstadter considera "el manual más consumado de filisteísmo y conformidad que jamás se haya escrito en los Estados Unidos". El autor trabajaba como psicólogo y consejero de personal para varias empresas industriales importantes, y en su libro ataca todo cuanto signifique introversión y vida propia. A su juicio, para vivir una vida fértil, es preciso estar siempre en contacto absoluto con nuestros semejantes. En consecuencia, Link consideraba peligrosa la inteligencia crítica. En la Universidad —decía— son los estudiantes con mente analítica los que pierden la fe; en la sociedad, los hombres dados a la vida interior terminan por apartarse de los demás, y en un párrafo que merece figurar en todas las antologías del cerrilismo decía el Dr. Link: "La razón no es un fin en sí misma, sino un instrumento que el individuo tiene que emplear para adaptarse a los valores y fines de la vida, que escapan a la razón. Del mismo modo que los dientes están concebidos para masticar los alimentos y no para masticarse a sí mismos, también la mente está concebida para pensar sobre las cosas, no para preocuparse de sí misma. Hay que pensar para vivir; no vivir para pensar".

Ese confusionismo está presente en todo momento y en todas las manifestaciones de la vida norteamericana. Las grandes empresas industriales y comerciales justifican sus ataques contra los intelectuales socializantes recurriendo a la Biblia y al individualismo primitivista. Por su parte, los predicadores religiosos echan mano de argumentos propios del mundo de los negocios para conquistar fieles y presentan la religión como instrumento para obtener éxitos materiales. Los políticos del igualitarismo aconsejan a los ciudadanos que se mantengan dentro de los cánones que corresponden al "common man", y para ello emplean argumentos basados en la vida de los negocios y en la religión. El intelectual es un ser peligroso, antisocial y antiamericano, a quien conviene mantener aislado.

Efectivamente, el intelectual norteamericano está aislado, desvinculado de la sociedad, inadaptado. El Profesor Hofstadter hace un estudio breve de ese fenómeno y señala un hecho muy importante en la vida norteamericana: la tendencia de muchos intelectuales a reintegrarse en la sociedad, afirmando que ahora ya no existe tanta hostilidad contra ellos y llevados por un fuerte deseo de poder enraizarse en algún terreno sólido. El fenómeno se produjo como resultado del fracaso del Senador McCarthy y, según decíamos antes, parecía

estar justificado por el ambiente de la "nueva frontera". Pero lo cierto es que muchos de los intelectuales reintegrados perdieron su independencia de pensamiento y han caído en un patriotismo agresivo y nada intelectual. Los que se mantuvieron en actitud aislada señalan hoy los peligros de que un intelectual se reintegre al seno de una sociedad que fundamentalmente le es hostil.

Esta última parte del libro es la menos convincente, ya que se limita a presentar hechos sin darles interpretación. En general, parece como si el Profesor Hofstadter quisiera dejar una puerta abierta para que otro ensayista más incisivo complete la obra con un estudio que, por una parte, profundice más en el origen del anti-intelectualismo y, por otra, saque las consecuencias pertinentes e insinúe perspectivas futuras.

RAMÓN LUGRIS

Nueva York.